



VINOS del MARQUES de MUDELA

Los 15 litros de Tinto pasto.

8 ptas. 11 botellas de Tinto pasto. 4,50 Ptas. 22 botellas de Dorado. 12 ptas.

12,50 6,25 0,50 1,60

25 botellas. 10 11 12,50 13

4,80 9 23 13,80 16,25

22 12 6,00 7,75

25 12 12 12

25 12 12 12

25 12 12 12

25 12 12 12

14 ptas.

25 botellas de 1. 12,50 13 16,25 7,75

14 ptas.

Precio para la exportación a provincias y extranjero, arroba de 16 litros de vino tinto 6,25 pesetas.

Hay buen surtido de Jerez, Montilla, Manzanilla y vinos finos.

AVENIDA, 5, esquina a la calle Echaide - TELEFONO 233.

CATARROS, TOS PERTINAZ, BRONQUITIS
PLEURESIA

TISIS PULMONAR, TUBERCULOSIS

CÁPSULAS SERAFON
DE GUAYACOL Y IODOFORMO

Cápsulas Serafón de Guayacol, Iodoformo y Eucaliptol.

Soluciones de los únicos medicamentos para las enfermedades sub-cáusticas.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias
Jaqueca
Ciática

4IN Y COMAR - PARIS

EN TODAS LAS FARMACIAS

872

**« Si tenéis tos,
tomad Pastillas Géraudel. »**

Esta frase se ha hecho popular y ha dado la vuelta al mundo demostrando la eficacia de las

Pastillas Géraudel

Maravillosas para curar:
Cistitidos, Tós nerviosa,
Laringitis, Ronquera,
Irritación de Pecho, Catarrato,
Asma, etc., etc.

Indispensables para las personas que se fatigan al hablar y a las que durante su trabajo habitual están expuestas a la intemperie del aire o respiran polvo o vapores irritantes.

Muy necesarias a los Fumadores.

Cada estuche con 72 pastillas, contiene instrucciones sobre la manera de tomarlas.

En todas las Farmacias.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorehidro-Fosfato de Cal Cresotato

El remedio a las ENFERMEDADES del PECHO
más eficaz a las TOSES FRECUENTES y ANTIGUAS
para curar las BRONQUITIS CRÓNICAS

PAUTAUBERGE, 22, Rue Jules César, París y LAS FARMACIAS OFICIALES.

EMULSION-FORCADA

Fue la LAUREADA con el PRIMER PREMIO que convocó el Colegio de Farmacéuticos de Barcelona. Ha demostrado ser el reconstituyente de aceite de hígado de bacalao más sencillo, nutritivo y agradable y el que mejor y más pronto fortalece y cura a los niños débiles y delicados, y endebles y linfoáticos, a los rugáticos, escrofólicos, anémicos, demacrados, propensos a la tisis, a todos los debilitados, etc.

FOLLETIN DE LA VOZ 24

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Mauel, de Barcelona.

El Beso de una Muerta

por
CAROLINA INVERNIZIO

acento con que fueron dichas, una autoridad tan amenazadora, que un criado tímido se hubiera quedado asustado.

Pero el ayudo de cámara del conde se contentó con reír nuevamente, y cogiendo al cabrero por un brazo hizo ademán de arrojarlo de la antecámara.

En aquel preciso momento se abrió la puerta de una sala, y apareció el conde en traje de mañana.

—Qué hay, Jaime? —dijo en tono imperioso al doméstico.

—Señor conde... vengo a anunciarle una desgracia...

El cabrero quedó un momento como turbado y perplejo, dando vueltas entre sus manos al sombrero.

El conde, golpeó los pies contra el suelo, con impaciencia.

—Señor conde... vengo a anunciarle una desgracia...

El gentilhombre, a pesar del imperio que tenía sobre sí mismo, palideció visiblemente y sus miradas penetrantes se fijaron sobre el cabrero.

—Explicate... por Cristo! —gritó con ansia.

—Se trata, señor conde... del nino.

—Y bien, ¿qué le ha sucedido?

Habla en nombre de Dios, habla.

—El señor sabe ya, están vivo

era, cuán imprudente. Ayer había

extraviado una de sus obras... y yo

le había reunido y guiado bastante,

tras la cual había desaparecido su amo, con aquel individuo inobligable y salvaje.

Apenas en su gabinete, el conde cerró la puerta con doble vuelta de llave.

—Y bien... ¿qué has venido a hacer aquí? —exclamó con sorda cólera, con gran esfuerzo reprimida. —Has olvidado, acaso, que te había prohibido poner los pies aquí dentro?

—Cread, señor conde, que sin un imperioso motivo, no me hubiera movido de mi caballos...

—Y qué motivo es ese?... Contesta; contesta en seguida.

El cabrero quedó un momento como turbado y perplejo, dando vueltas entre sus manos al sombrero.

El conde, golpeó los pies contra el suelo, con impaciencia.

—Señor conde... vengo a anunciarle una desgracia...

El gentilhombre, a pesar del imperio que tenía sobre sí mismo, palideció visiblemente y sus miradas penetrantes se fijaron sobre el cabrero.

—Explicate... por Cristo! —gritó con ansia.

—Se trata, señor conde... del nino.

—Y bien, ¿qué le ha sucedido?

Habla en nombre de Dios, habla.

—El señor sabe ya, están vivo

era, cuán imprudente. Ayer había

extraviado una de sus obras... y yo

le había reunido y guiado bastante,

y le mandé que fuera a buscarla. Se hacía ya noche...

—Deja las palabras inútiles y vía a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el muchacho daba haber caído en un precipicio profundo mientras iba a buscar su cabra extraviada.

El conde palideció nuevamente.

—¿En qué muerto? —balbució.

—¿Y quién puede saberlo?... Das

de las entrañas de la madrugada que

estoy dando vueltas en busca de un

cuero, sin que lo haya encontrado...

—Los ojos del conde se encendieron.

—Entonces, ¿dónde puedes asegurar que haya percidido en un barrio?

—Porque me dijo un campesino

que había visto a mi hijo... y el

cabrero pronunció estas dos palabras, como si quisiera subrayarlas,

—arrastrase sobre las rocas que hay

junto a un sendero que condice a

un precipicio muy hondo donde co-

re un agua negra y pestilente. El

campesino le gritó desde lejos que

se apartara de allí porque el niño le

oyó y no quiso escucharlo... Poco

después, el campesino lo vió agitar

los brazos, como si buscase un apo-

yo... oyó arrojar un gran grito... y

desaparecer en las tinieblas del

precipicio.

El conde permaneció algunos mi-

ntos con el rostro oculto entre las

manos.

Por mucho que la traición de la

esposa hubiese endurecido el alma

de aquél hombre, no podía dejar de

pensar en que aquél niño era inocente...

...y se estremecía ante la idea de

aquella muerte, a la cual, él, en gran

parte había contribuido.

—No quería matarle... y es el

caso que lo he hecho todo...

—¿Para qué revolverse contra el destino? —Quizás es mejor así; si el niño con el tiempo podía llegar a saberlo todo y venir a pedirme cuenta de su padre... ¡El vez es mejor así!

Después de este monólogo hecho

en mente, el aristócrata levantó la

cabecera y yengar la muerte de su padre... ¡El vez es mejor así!

El cabrero no osaba hablar.

—Jármara, que nadie sabrá jamás

de todo esto... —dijo el conde,— o

el cabrero se encaró con la espalda

de su amo, y se dirigió a la puerta

de su habitación.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a buscar su cabra extraviada.

—Deja las palabras inútiles y vía

a la conclusión.

—La conclusión es, señor, que el

muchacho daba haber caído en un

precipicio profundo mientras iba

a